

ECONOMÍA VERSUS POLÍTICA

**DARON ACEMOGLU
Y JAMES A. ROBINSON**

**ECONOMÍA
VERSUS POLÍTICA**

**PELIGROS DE LAS MEDIDAS
QUE LOS ECONOMISTAS
ACONSEJAN A LOS POLÍTICOS**

Traducción de
Carlos Fernández Muñoz

PÁGINA INDÓMITA

Título original:
*Economics versus Politics:
Pitfalls of Policy Advice*

© American Economic Association, 2013,
publicado mediante acuerdo con *Journal of Economic Perspectives*
© de la traducción, Carlos Fernández Muñoz, 2025
© de la presente edición, PÁGINA INDÓMITA, S.L.U.
Providencia 114 bis, 4º 4ª. 08024 Barcelona
www.paginaindomita.com

Diseño de cubierta y composición: Ángel Uzkiano
Imagen de cubierta: Manifestación de los trabajadores
de Pereslavl contra las reformas económicas de Borís Yeltsin,
7 de octubre de 1998 (fotografía de Ю. Н. Частров)
Impresión y encuadernación: Romanyà Valls
Primera edición: marzo de 2025

Todos los derechos reservados

ISBN: 978-84-128187-9-6
Depósito legal: C-1958-2024

ÍNDICE

Nota a la presente edición	9
ECONOMÍA VERSUS POLÍTICA	11
Introducción	13
1. Un marco teórico	23
2. La importancia organizativa de las rentas económicas	29
Rentas, sindicalización y democracia	29
Consecuencias de la organización de la riqueza de los recursos	36
3. Consecuencias políticas de la desigualdad	45
El dinero y la política en los Estados Unidos	47
La privatización rusa	52

4. La violación de las restricciones de los incentivos políticos	61
Medidas reformistas, inestabilidad y violencia	62
Las rentas y el Estado natural	69
Observaciones finales	73
Bibliografía	77

NOTA A LA PRESENTE EDICIÓN

El texto incluido en el presente volumen vio la luz originalmente en *Journal of Economic Perspectives*, Vol. 27, n.º 2, primavera de 2013, pp. 173-192, publicado por la American Economic Association.

Agradecemos a Heidi L. Williams, editora de la publicación y profesora de Economía en el Dartmouth College, el permiso para llevar a cabo la presente edición.

ECONOMÍA VERSUS POLÍTICA

INTRODUCCIÓN

En economía, el enfoque fundamental de la prescripción de políticas se deriva del reconocimiento de que la presencia de fallos del mercado —como externalidades, bienes públicos, monopolios y competencia imperfecta— deja margen para intervenciones públicas bien diseñadas que mejoren el bienestar social. Esta tradición, ya clara en Arthur Pigou (*Riqueza y bienestar*, 1912),¹ fue elaborada por Paul A. Samuelson en *Fundamentos del análisis económico* (1947),² y sigue constituyendo hoy la base de la mayoría de los consejos que los economistas ofrecen a los políticos. Por ejemplo, en la década de 1950, los primeros economistas del desarrollo usaron ideas inspiradas en el fracaso del mercado como base intelectual con la que defender la necesidad de in-

1. A. C. Pigou, *Wealth and Welfare*, Macmillan, Londres, 1912.

2. P. A. Samuelson, *Foundations of Economic Analysis*, Harvard University Press, Cambridge, 1947.

tervención gubernamental para promover el desarrollo en los países pobres.³ Y aunque la creencia en la capacidad de los gobiernos o en la eficacia de las ayudas ha sufrido altibajos, los enfoques actuales de los problemas de desarrollo tienen mucho en común con esta tradición inicial, si bien se han vuelto más sofisticados —tienen en cuenta las cuestiones relativas a la teoría de la segunda opción,⁴ por ejemplo incorporando explícitamente las fricciones informativas en el diseño de políticas;⁵ destacan que las medidas económicas adecuadas son especí-

3. Véase T. Killick, *Development Economics in Action*, Heinemann Educational Books, Londres, 1978.

4. Formulada por los economistas R. Lipsey y K. Lancaster en la década de 1950, dicha teoría aborda situaciones en las que no pueden darse las condiciones óptimas para alcanzar la eficiencia económica. En economía, el escenario «óptimo» supone condiciones perfectas —como la información completa y la ausencia de fallos del mercado— en las que los recursos se asignan de forma eficiente. Cuando una o más condiciones óptimas no pueden alcanzarse, la mencionada teoría sugiere que la mejor opción, en lugar de abordar ese fallo del mercado sin abordar otros, puede consistir en ajustar otras condiciones de una forma que podría parecer contraintuitiva. El lector no especializado lo entenderá mejor a medida que este ensayo avance y los autores vuelvan en repetidas ocasiones sobre la teoría en cuestión, relacionándola con el marco que ellos proponen aquí, y diferenciándola del mismo. (*N. del E.*)

5. Véase, por ejemplo, R. M. Townsend, *Financial Systems in Developing Economies: Growth, Inequality and Policy Evaluation in Thailand*, Oxford University Press, Oxford, 2011.

ficas de cada contexto,⁶ y hacen hincapié en el papel de los métodos empíricos rigurosos para determinar qué tipo de intervenciones pueden ser eficaces—. ⁷ Pero en todos estos enfoques la política está en gran medida ausente del escenario.

Esta desatención a la política suele justificarse —implícita o explícitamente— de una de las siguientes tres maneras.

La primera consiste en sostener que los políticos están (o se ven inducidos a estar) básicamente interesados en promover el bienestar social; porque, por ejemplo, la adopción de medidas socialmente eficientes es lo que ayuda a tales políticos a mantenerse en el poder o ser reelegidos —así se contempla el asunto en los modelos propuestos por Donald Wittman y por Casey Mulligan y Kevin Tsui.⁸

6. Por ejemplo, D. Rodrik, *One Economics, Many Recipes: Globalization, Institutions, and Economic Growth*, Princeton University Press, Princeton, 2007.

7. Por ejemplo, A. V. Banerjee y E. Duflo, *Poor Economics: A Radical Rethinking of the Way to Fight Global Poverty*, Public Affairs Press, Nueva York, 2011.

8. D. Wittman, «Why Democracies are Efficient», *Journal of Political Economy*, 97(6), 1989, 1395-1424; *id.*, *The Myth of Democratic Failure: Why Political Institutions Are Efficient*, University of Chicago Press, Chicago, 1995; C. B. Mulligan y K. K. Tsui, «Political Competitiveness», *NBER Working Paper 12653*, 2006.

La segunda consiste en contemplar la política como un factor aleatorio, que tan solo crea obstáculos potencialmente graves pero no sistemáticos para la formulación de medidas económicas —así se ve el asunto, por ejemplo, en *El fin de la pobreza*, de Jeffrey Sachs,⁹ o en el argumento de Abhijit Banerjee de que las medidas económicas del dictador liberiano Samuel Kanyon Doe fueron desastrosas porque este no entendía «lo que implicaba ser presidente».¹⁰

La tercera justificación reconoce que la economía política importa, pero sostiene que «la buena economía es buena política», lo que significa que las buenas medidas económicas necesariamente relajan las restricciones políticas.¹¹ La conclusión es la misma que la de los dos primeros puntos de vista: podemos apoyar firmemente las buenas medidas económicas, con la seguridad de que no solo resolverán los fallos del mercado,

9. J. D. Sachs, *End of Poverty: Economic Possibilities for Our Time*, Penguin Press, Nueva York, 2005.

10. A. V. Banerjee, «Poor Economics: Effective Poverty Reduction Policies», Kapuscinsky Development Lecture, 2012, <http://kapuscinskilectures.eu/lectures/poor-economics/>.

11. Véanse, por ejemplo, M. Boycko, A. Shleifer y R. W. Vishny, *Privatizing Russia*, MIT Press, Cambridge (Mass.), 1995; A. V. Banerjee y E. Duflo, *Poor Economics*, *op. cit.*, en particular p. 261; J. D. Sachs *et al.*, «Ending Africa's Poverty Trap», *Brookings Papers on Economic Activity*, 35(1), 2004, 117-240.

sino que liberarán fuerzas políticas beneficiosas — sean estas cuales sean.

En este ensayo sostenemos no solo que el asesoramiento económico ignora a su cuenta y riesgo la política, sino también que existen fuerzas sistemáticas que a veces convierten la buena economía en mala política, y que esta última, desgraciadamente, prevalece a menudo sobre el bien económico. Por supuesto, no pretendemos afirmar que el asesoramiento económico deba rehuir la identificación de los fallos del mercado y las soluciones creativas a los mismos, ni buscamos predisponer en contra de la buena política económica. Más bien argumentamos que el análisis económico debe identificar, teórica y empíricamente, las condiciones en las que la política y la economía entran en conflicto, y después evaluar las propuestas de medidas teniendo en cuenta este conflicto y sus posibles repercusiones.

Nuestro argumento básico es sencillo: el equilibrio político existente en determinado lugar puede no ser independiente del fallo del mercado; de hecho, es posible que dependa críticamente de él. Ante un sindicato que ejerce un poder monopolístico y aumenta los salarios de sus afiliados, muchos economistas abogarían por eliminar o limitar la capacidad del sindicato para ejercer tal poder, y esta es sin duda la política correcta en algunas circunstancias. Pero los sindicatos no solo influyen